

## DULZURA

Francisco Romero Zafra, nacido en 1956, pertenece a esa nueva generación de artistas cordobeses que está haciendo que el mundo de la imagería viva una nueva edad de oro, gracias a su inspirada sensibilidad a la hora de modelar el barro y a la dulce expresión de los rostros que caracterizan el conjunto de su obra.  
Foto: Miguel López.

*“La primera imagen fue, en barro, Rocío y Lágrimas. Es un cúmulo de emociones, de sensaciones –todas nuevas–, porque era la primera escultura que había modelado hasta el momento. No he estado en ningún taller, no tengo escuela, y, entonces, fue un cúmulo de sensaciones”.*

Las noches caían despacio, en un susurro que se desvanece al amanecer. Las horas desaparecían en una abstracción presentida. Los recodos del alma navegaban por la tercera dimensión de la escultura. Cada movimiento se medía con una pulsión distinta, con el tacto cariñoso de la primera vez. Nada importaba más que aquella forma que se cobraba en el deseo imperecedero de prolongarla en cientos de madrugadas. La actividad se perdía en la

tangente ajena de lo demás. Las sábanas perdieron la tibieza de otros despertares sin sueño. El rumor fundido de sus manos crepitaba en el continente inexpugnable del artista. Un sentimiento, un cúmulo de sensaciones se buscaban entre sí para advertir con la punzada de la melancolía que se vislumbra. Y las manos, la voz primigenia del escultor –del imaginero–, naufragaban en la playa ilusoria a la que transporta el barro primitivo que reclama sus contornos en ese susurro que se desvanece al amanecer.

Los sentidos se confiaron a la apuesta desconocida que brota en la verdad de un espíritu entregado. El salón de su casa se convirtió en un nuevo estudio. El garaje quedó huérfano sin el molde primitivo. La piel se abrazó a la dulzura de aquellos labios, a la tersura opuesta de sus pómulos. El ceño se fruncía en la perpetuidad de una búsqueda inaccesible por la sola razón. Un trazo, un retoque, una nueva arista en el perfil anguloso de aquel rostro penetraban en la sinceridad de la Mujer.

No había pasado ni escuela. Sencillamente, necesidad y sentido común. Un instante que fabricar en la memoria. Una silueta que se persigue





en su contorno. Las yemas se mutaron en barro, indagando en la unidad pretendida. Una juventud, que no volverá repetida, se deshizo en la escuela propia donde indagó lecciones inaprensibles.

Obispo Fitero se vistió de luz en el instante que fue, en los momentos que vendrían. La exposición en el Palacio de la Merced. El taller de imaginería compartido con la amistad de Antonio –primero, en aquella misma casa; después, en Ramírez de las Casas Deza–, en una década de ilusiones. La Virgen de la Palma, el Señor del Perdón. Aquel primer barro que adquirió certeza. Pero aquellas noches, con su frío extraño, se mostraron irrepitibles en el regalo de un Miércoles Santo que las señalara para siempre.

Las dudas, los miedos, las preguntas. Todo se recorrió en un tiempo que arrolló desde La Victoria hasta Córdoba, desde Obispo Fitero hasta Anqueda, del primor hasta la experiencia marcada en el alma que transmite el imaginero. Del sello autodidacta del aprendizaje hasta la enseñanza de la técnica –salvaguardando la personalidad del aprendiz–, resta un poso que se agarra dentro, que refleja en tallas el tiempo que pasa, que reduce lo vivido al compartimento caprichoso de la memoria. Una memoria que esconde su estrato en las líneas que surcan las palmas que una vez acariciaron el barro con ternura, luego, reiterada. Reiterada en la dulzura del hombre que lo amolda al ser en que se convierten. Dulzura que recorre una biografía selecta, construida en el sostén invisible de una mirada inquisitiva, capaz de desentrañar las formas que aguardan en una silueta onírica que, sólo el artista, es capaz de discernir en la penumbra perpetua de la noche que baila con su susurro sobre el tamiz enmascarado del alba.

*En febrero de 1994 era bendecida la imagen de Nuestro Padre Jesús del Perdón, siendo procesionada por primera vez en la Semana Santa de 1996. Llama la atención en esta imagen el gesto sereno y la profunda humanidad del rostro de Cristo que gira levemente la cabeza al recibir el impacto del judío Malco.  
Foto: Eva Luque.*



*Sobre estas líneas, a la izquierda, imagen de María Santísima del Rocío y Lágrimas. Gracias a una exposición realizada por la Diputación Provincial en 1990, Paco Romero da el salto al mundo de la imaginería. En dicha muestra presentó el busto de esta Dolorosa realizado en barro cocido, tal y como permanece en la actualidad, recibiendo el espaldarazo de la crítica y de los cofrades, como demuestra las numerosas obras realizadas, tanto para Córdoba como para el resto de Andalucía. A Foto: Eva Luque.*

Las etapas se distinguen en su distancia, en la primera y en la penúltima escultura, y en el proceso que las conduce. La existencia giraba en torno a ella. Los amigos, las conversaciones y los pensamientos orbitaban alrededor de una luna de abril. El alma se roció de aquel busto imperante y se volcó de principio a fin. La exposición llegó como un capricho de almanaques macilentos. El Palacio de la Merced la acogió y las paredes de Obispo Fitero parecieron latir su ausencia. Los que por allí pasaron no pudieron sino preguntar el nombre de su autor, del nuevo imaginero que se descubría a la ciudad. El encantamiento ya era mutuo. Un enamoramiento que surgió en las noches que se adormecen de auroras. Una hermandad se prendó de Ella, del barro en que había nacido. Las sábanas se arroparon de abriles, de Miércoles que la santificaron.

Nada volvería a ser igual. En los libros de Semana Santa, junto a las advocaciones de tres imágenes –de dos cofradías–, su nombre aparecería inscrito. Borriquita y Perdón. La mañana del Domingo de las Palmas y la tarde del Miércoles Santo le recordarían de por vida cuanto sucedió. En sus manos, invisible, quedó encarcelado el sedimento arcilloso que aquella imagen le dejó en los huesos. Los recuerdos, de aquel año, de aquella casa, de la exposición, se fruncieron en su ceño, acumulando emociones, sensaciones –todas nuevas, que se pronuncian en un nombre: Rocío y Lágrimas.

